



# EL PAIS VASCO-NAVARRO

JAUNGOICOA ETA FUEROAG.

AÑO I.

8 DE JULIO DE 1870.

NUM. 24.

## SUMARIO.

**TEXTO.**—EL SOLAR VASCO-NAVARRO, por Ramon Ortiz de Zárate.—LA FIEBRE POLÍTICA, por D. Juan Cancio Mena.—LA AZUCENA MISTERIOSA, por José María Velloso.—LA PLAZA DEL MENTIRON, EN VITORIA.—CERCANÍAS DE VITORIA, ARMENTIA, por Ricardo Becerro.—AL RIO AVENDAÑO, ODA; por Obdulio Pérez.—**ADVERTENCIA.**  
**GRABADOS.**—LA PLAZA DEL MENTIRON.

## EL SOLAR VASCO-NAVARRO

### NO PUEDE SER CEDIDO.

Un rumor gravísimo, atentatorio á la integridad española y á la independencia del país vasco-navarro, ha circulado por Europa, y la prensa española se ha ocupado también de este gravísimo rumor.

Nuestros lectores comprenderán que aludimos á los proyectos secretos que se supone que bullen en las cabezas de Napoleón III en Francia, del general Prim en España y del duque de Saldaña en Portugal, referentes á la *union ibérica*.

Después de la unidad italiana, parece que el César francés se propone crear la unidad española, pero cobrando el *corretaje* de este negocio diplomático, como le cobró en Italia.

Dícese que los presidentes de los gobiernos de Madrid y de Lisboa, que son también los jefes de las revoluciones de estas dos naciones, se prestan gustosos á coad-

yuvar á la realización de los pensamientos de Napoleón, porque son también los suyos propios, y que se reducen á destronar al rey portugués, proclamando á su hijo, niño de pocos años, emperador de España y Portugal, bajo el protectorado y regencia de Prim y de Saldaña.

Para no alarmar á los portugueses se les ofrecerá respetar su autonomía y dejarles vivir con su legislación propia, Cámaras propias y propio gobierno y ejército. En una palabra, seguirán las cosas como están en las dos naciones, sin más que tener un rey común, una dinastía común, y suponemos que también una *turronería* común, pues los dos pueblos unidos podrían aspirar á obtener empleos en una y otra tierra, y como la empleomanía es el ídolo de los revolucionarios contemporáneos, esto halagará á todos.

Fundar la unidad ibérica sobre la cuna de un rey niño es por demás difícil y absurdo en todos tiempos, y mucho más en los que corremos, en los cuales nada se ha sabido crear ni consolidar en los dos años de interinidad que llevamos desde la tristemente célebre revolución de setiembre de 1868. Ofrecernos como panacea para tantas y tantas enfermedades sociales como nos agovian una minoría de doce años, si es que no muere antes el rey niño de sarampión ó viruelas, es burlarse de los castellanos y portugueses juntamente. Si la revolución setembrina no tiene otro coronamiento para su negro alcázar, perecerá incoronada.

Por disparatada que sea tal idea, lo es todavía más la de dar á Napoleón III las

cuatro provincias vasco-navarras, y no sabemos si también parte de las aragonesas y catalanas, en premio de la colaboración del César francés en la futura obra de Prim y de Saldaña.

De realizarse semejante felonía, la España saldría perdiendo con la union de Portugal, que no vale ni ha valido jamás tanto como la importantísima region situada entre los Pirineos y el Ebro.

Consentir que la Francia avance sus fronteras hasta el Ebro, fuera una verdadera traición y equivaldría á entregar la nacion entera á las miras ambiciosas de los Bonapartes.

Pero aun hay más. El país vasco-navarro se pertenece á sí mismo y no puede ser cedido ni donado á nadie ni por nada.

La tierra euskara se incorporó á la corona de Castilla libremente y bajo pactos y condiciones que garantizan su independencia y sus libertades.

Ni Prim, ni Saldaña, ni Napoleon, ni nadie, absolutamente nadie, pueden disponer de los vasco-navarros como de un grupo de esclavos. Los que supieron luchar fieramente y sacar triunfantes sus libertades y su independencia contra pueblos tan poderosos y conquistadores como los romanos y los árabes, harían lo mismo en el siglo actual y sostendrían luchas titánicas que fueran la admiración del mundo moderno, si los proyectos á que aludimos quisieran llevarse á vías de hecho con tanto exceso de temeridad como falta de patriotismo.

La tierra apartada pertenece á los vas-

congados, y ellos solos tienen derecho á disponer de su suerte.

Pactos solemnes obligan á los señores de esta tierra solariega, los reyes de España, á no poder disponer de ella, á conservarla en su corona, con las franquicias estipuladas, y lo que está vedado á los reyes y señores reconocidos y jurados, mal puede intentarse en épocas de interinidad como la que atravesamos, por poderes no constituidos y transitorios.

El país vasco-navarro rechazaría en todos tiempos y circunstancias que sus señores, los reyes de Castilla, trataran de segregar el solar foral de su corona para cederlo, donarlo, ó venderlo á un monarca extranjero, y los vasco-navarros, desligados de sus antiguos pactos, proclamarían y defenderían heroicamente su primitiva libertad é independencia. Las naciones europeas no consentirían tamaña iniquidad, y apoyarían, en la vía diplomática y aun de las armas, la noble y justa causa del pueblo euskaro.—Aun cuando este quedara solo en la contienda, no cejaría en su noble empresa y obtendría el triunfo con la ayuda del cielo y su indomable valor, como lo obtuvo en ocasiones más críticas, en los siglos que pasaron.

Si fuera en todos tiempos la iniquidad más notoria, el absurdo más completo y el imposible más patente el proyecto de dar á la Francia las montañas vasco-navarras, por acrecentar la España con el reino de Portugal, lo es doblemente en la situación actual. Por eso dudamos que haya existido tan antipatriótico pensamiento, y solamente le combatimos porque se ha ocupado de él la prensa nacional y extranjera.

Segurísimos estamos de que todos los habitantes de las cuatro provincias hermanas, sin distinción de opiniones políticas, rechazan indignados el ruin pensamiento que se atribuye á Prim, Saldaña y Napoleón, y que todos los vasco-navarros protestan diciendo, como decimos nosotros:

*El país vasco-navarro solamente pertenece á la familia euskara.*

RAMON ORTIZ DE ZÁRATE.

## LA FIEBRE POLÍTICA.

Hay relaciones y analogías misteriosas entre el orden físico y el orden moral.

Y esas relaciones suben de punto y entrañan mayor importancia cuando se estudian en el hombre, ó sea entre los dos elementos de que se compone: el alma y el cuerpo.

No es dable á la ciencia definir el supremo enlace de elementos tan heterogéneos y tan discordantes; pero es muy fácil comprender la analogía y afinidad de ciertos y determinados fenómenos, peculiares al espíritu los unos, y propios á la materia organizada y viviente los otros.

En un cuerpo débil y enfermizo no se desarrollan ordinariamente las facultades del alma de una manera robusta, por más que el cuerpo y el alma sean cosas tan distintas y desemejantes.

Porque la inescrutable relación que guardan dentro del individuo les hace influirse recíprocamente.

Mientras las funciones orgánicas del cuerpo no se realicen en perfecta armonía con sus leyes, no es posible que el espíritu disfrute de calma y de sosiego y se entregue á la meditación y al estudio con la tranquilidad y el reposo que requieren para responder á su objeto.

Y mientras el espíritu se agite febrilmente sin tregua ni descanso, tampoco es posible que las funciones corporales sean regulares y armónicas.

Aceptemos este hecho como una verdad axiomática, y este hecho nos servirá de ejemplo elocuente para modelar nuestra conducta y para formular las instituciones públicas.

Así como la higiene prescribe reglas inflexibles para conservar la salud del cuerpo, así también la ciencia de gobierno determina los principios que han de observarse para que los pueblos progresen, merced á su desarrollo natural y á su constante engrandecimiento.

Desconózcanse las reglas de la higiene, y la salud del cuerpo se resentirá inmediatamente, porque á toda infracción de las leyes físicas sigue el dolor y el sufrimiento.

Desconózcanse las leyes fundamentales de la política, y los pueblos arrastrarán una existencia inquieta y febril que comprometerá su suerte y que les detendrá en su marcha vigorosa, porque mientras ignoren las relaciones que promedian entre sus elementos constitutivos, no tendrán norte para dirigir su rumbo, ni regla para sus acciones, ni pauta para su conducta.

Ahora bien; si las fiebres físicas son anatómicas ó esenciales, según proceden de una lesión orgánica exterior, ó de una causa interna y quizá desconocida, pero tanto las unas como las otras perturban las funciones y desarreglan la vida material, ¿no es indudable que todo vicio en la organización política, ya provenga de un accidente de forma, ya de un error fundamental, conspiraría siempre entre la prosperidad y el crecimiento de los pueblos?

Por eso, cuando una causa cualquiera paralice el movimiento de la máquina gubernamental, equivaldrá á una lesión orgánica que produce una fiebre anatómica, y que por más que sea local, afecta al sistema general.

Por eso, cuando un error fundamental en la esfera política, ó sea un vicio íntimo, que á manera de las fiebres esenciales produce efectos, ocultando su causa, afecta profundamente al gobierno de las naciones y hace imposible su desarrollo é incremento.

Y si la higiene proscribiera y condena todo cuanto puede ser un obstáculo á las funciones orgánicas, la política proscribiera y anatematiza todo cuanto puede ser causa de desarreglo á las funciones sociales.

Así es que, si para conservar la salud del individuo es preciso procurarle un estado de tranquilidad y de reposo, evitándole cuidadosamente todo motivo de exaltación y de inquietud, para conservar la salud de la

sociedad es preciso seguir el mismo procedimiento, escogitando medios y buscando recursos para que la razón funcione tranquila y apaciblemente, y para que las pasiones no se sobreesciten febrilmente y se impongan á la razón con tiránico imperio.

Los principios que asentamos, inspirándonos en consideraciones que sugiere el sentido íntimo y que robustece la experiencia, prestan provechosa enseñanza y sirven de robusto apoyo á la ciencia política.

Y esas consideraciones tan elementales, pero tan valiosas, condenan todo sistema político que agite constantemente los ánimos, que solivianta los espíritus y sobreescite las pasiones, porque si estas causas producen en el individuo la fiebre física, que es tan funesta á su salud, surten iguales efectos en la sociedad, perturbando sus movimientos naturales y manteniéndola en una ansiedad devoradora y en una agonía eterna.

Y hé aquí cabalmente las deplorables consecuencias que se desprenden de las doctrinas radicales; mejor dicho, de esos desvaríos de la fantasía y de esas utopías filosóficas, que por consagrar y enaltecer la autonomía individual, para todo atienden á la opinión y á la voluntad y para nada á la verdad y al imperio con que debe imponerse á la sociedad, para que la sociedad se rija por las leyes naturales que la ciencia descubre y pueda realizar ampliamente sus destinos.

La política que se apellida democrática porque borra los límites racionales que sirven de saludable restricción al individuo en sus actos, y dilata infinitamente los horizontes de la opinión y la voluntad, para que la opinión y la voluntad de los más se sobreponga á la verdad científica y á la voluntad racional, olvidándose de la filosofía que entraña el principio de derecho *«non numerandum sed ponderandum»*, esa política, en vez de ser favorable y provechosa al pueblo en cuyo nombre levanta su arrogante bandera, es una política anárquica y destructora que subordina al criterio del número las grandes conquistas de la ciencia, y que provoca las pasiones, y que subleva los ánimos, y que agita los espíritus, manteniendo la fiebre en el individuo y la fiebre en la sociedad.

El sistema de la política radical, con sus asociaciones constantes, con su prensa desenfrenada, con su sufragio ilimitado, con su enseñanza indiscreta y con su conspiración permanente, hace imposible todo gobierno, imposible toda paz, imposible todo progreso é imposible toda civilización.

Dos son las condiciones que han de cumplirse inflexiblemente para que el gobierno de los pueblos realice sus fines; y esas condiciones están resumidas en estas dos palabras: *ciencia y moralidad*.

Desde el instante en que la ciencia ha demostrado la verdad de sus conquistas, es indispensable que á la ciencia se la rinda acatamiento profundo y que su sávia salvadora se inocule en las instituciones públicas.

Añádase una verdad á otra verdad para

aumentar el poder del hombre en el mundo, pero no se pretenda destruir las verdades fundamentales, á pretesto de reformas radicales y de ódio á lo pasado y á lo existente.

Porque el considerar la política como una ocupacion universal y eterna, apartando al individuo de sus ocupaciones privativas, convirtiéndole en un propagandista exaltado, en un apóstol vehemente y en un activo y eficaz obrero de la causa del gobierno, es desconocer la naturaleza del gobierno, es ignorar las verdades rudimentales de la filosofía, y es, en fin, trabajar ardentemente, no por la salud pública, que es el bien de todos, sino por el mal general, que es la fiebre política.

JUAN CANCIO MENA.

## LA AZUCENA MISTERIOSA.

TRADICION NAVARRA QUE DEDICA EL AUTOR Á SU MUY QUERIDO Y RESPETABLE AMIGO DON JUAN CANCIOME NA.

### I.

¡Religion! ¡Religion! Genio celeste que velas el sueño del desgraciado, antorcha de las inteligencias humildes, alivio del corazón rendido al peso de la miseria, espíritu sublime y consolador, descende sobre mi, presta armonías á mi laud y abrázame con el fuego santo de tus amores.

Hay en tí, sagrada religion, vida del alma, no sé qué misterioso encanto que atrae y subyuga los entendimientos serenos; por eso Geremías te debe sus lamentos, David sus penitencias sublimes, el hombre sus creaciones y sus adelantos, el mundo, en fin, los pocos cuanto dulces momentos que de felicidad y gloria ha tenido.

En tí se halla personificada la humildad, unida á la grandeza; el placer en natural armonía con el bien, la ciencia al lado del temor, el trabajo juntamente con la recompensa; por eso te dirijo, hermosa matrona, mis suspiros, ya que desde huérfano eres mi guía, ya que desde soñador eres en compañía de mi patria la musa de mis pobres inspiraciones.

### II.

La antigua tierra de Vasconia se encuentra sumida en las tinieblas del paganismo.

Sus valientes y guerreros hijos, los que en cien combates terror fueron de Roma y espanto de sus mecenarios ejércitos, no tienen un Dios á quien adorar, y solo se postran para jurar ser libres, como las águilas de sus montañas, ante las aras de sus falsas divinidades.

Cincuenta y cinco años hace que se ha consumado el sacrificio del Gólgota y la redentora enseña de la cruz no ha llegado todavía á ondear sobre las torres de sus templos, ni á guiar al combate grabada en sus banderas á los indomables vascones.

Pero pueblo que en tan alta estimacion tiene las grandes cualidades de honor é independencia; pueblo que á semejanza de

Sagunto ha sabido sucumbir en los muros de Calahorra antes que entregarse á la tiranía de los romanos, y que ha abatido como nadie el poder de Sertorio, el general mas temido y respetado de su época, no puede permanecer por largo tiempo sin avivar los corazones de sus hijos con la buena nueva, que ha brotado como chispa santa sobre las ruinas del Capitolio y que, ligera como el huracan, cunde por todos los ámbitos de la tierra, sellada con la sangre de millones de mártires, que no basta á satisfacer las iras del despiadado Neron, y sobre cuyos restos se multiplican los creyentes, como las arenas del mar, como las espigas de los campos.

### III.

Miradla: esa que veis, modesta cuanto poética poblacion, es Pamplona, asilo de gentes entregadas á la adoracion de falsos dioses.

Esas torres elevadas que descuellan como gigantes, son las del templo erigido en honor de Diana, bajo cuyas bóvedas se sacrifican víctimas á su honor.

A su puerta hace sombra un grande árbol terebinto; en el lado opuesto se destaca, lleno de magestad y misterio, el sagrado bosque de los cipreses.

Internaos en él por un momento, mas con el respeto que se debe al lugar donde se consuman los grandes sacrificios.

Es la hora de los sueños. Un cielo diáfano, risueño y apacible ostenta la inmensidad del infinito; radiantes luceros compiten con sus destellos para iluminar el espacio, y la pálida reina de la noche derrama magestuosa los rayos de su consoladora luz.

A calma tan sublime no llega la voz de las pasiones, ni las imprecaciones del crimen, ni los sarcasmos del vicio, ni los clamores de la ambicion, ni la febril algazara de los festines, ni los quejidos de la miseria, ni los aplausos del favor, ni las calumnias de la envidia, ni toda esa algarabía que producen los encontrados intereses de una sociedad envuelta en el torbellino de los placeres sensuales. El silencio reina en la naturaleza y la meditacion en las conciencias.

Solo se oye á intervalos el gemido de la brisa que agita blandamente las copas de los árboles, y el monótono son que produce al sepultarse en el cristalino arroyo la tradicional *Fuente del Olvido*.

Pero escuchad: ¿qué delicioso murmullo hasta nosotros llega? ¿qué palabras tan dulces son esas, que hacen derramar copioso llanto á los ojos de la pagana Eugenia, que, cogida del brazo del valiente y conocido capitán romano Publio, se pierde por esa larga calle de cipreses?

Un placer nunca sentido y un temor extraordinario hacen palpitar sus corazones, como si á comunicarse fueran alguna idea contraria á sus propósitos.

Oigamos.

—Los dioses ¡oh, dulce objeto de mi cariño! se muestran contrarios á nuestras mas queridas esperanzas; ya ha pasado para nos-

otros, Eugenia, la primavera de los amores, y tan solo espinas ofrecen á los nuestros los númenes inmortales. ¡Oh, hermosa mia! Mas amada de mi guerrero corazón que el grito de victoria, y mas dulce que el recuerdo de la cuna que meció sus primeras esperanzas, ¿por qué impenetrables nubes empañan el cielo de tu frente, sin que yo pueda adivinar el misterioso origen de su formacion?

—¡Oh, Publio! Así como los rios al mar, y como la gota de rocío al cristalino arroyo, así se dirige necesariamente y sin poder evitarlo la humanidad á sus destinos. El hombre, si escucha la voz de la conciencia, su término es el bien; si se complace en los goces del mundo y sus malas pasiones, su corona es el mal. ¿No oyes cierto dulce rumor, presagio de felices dias? ¿No oyes quebrarse en mil pedazos las cadenas de una sociedad esclavizada vergonzosamente? Pues bien, escucha. Esa religion de Jesus que con tanto furor perseguimos es el mar donde van á sepultarse nuestros corazones. ¿Tiemblas al escuchar mis palabras? ¿Te estraña que la que antes depositaba coronas de mirto y laurel sobre el altar de Júpiter, y derramaba incienso sobre su cabeza, reniege hoy de su poder? Bien á mi pesar comprendo que no has escuchado como yo las predicaciones del apóstol, ni te has inflamado en el fuego que anima su divina palabra.

—Eugenia, ¿pretendes acaso seguir sus doctrinas sin temor á las iras de nuestros dioses? Mas ya comprendo; era tu amor mentido y quieres mancharte siendo doblemente perjura.

—¡Amado mio!... antes el pensamiento dejará de tener su dulce esencia; antes faltará agua al mar y flores á la primavera que á mi corazón tu amor. Te quiero, y por lo mismo, en vez de un alma esclava, ansio ofrecerte un alma libre que, confundiéndose con la tuya, viviendo de un mismo sol, de una misma naturaleza, sean unas sus aspiraciones, unas sus esperanzas, unos sus sueños, una su tumba, uno su paraíso. Si hubieras escuchado esta mañana á la sombra del terebinto las palabras del extranjero, hubieras soñado para mí unos amores cristianos. La mujer para la religion de Jesus—decia el santo profeta,—está rodeada de alegría y felicidad; su esposo es su compañero, sus hijos la mas hermosa diadema, su centro el hogar; para vuestras mentiras, la mujer es una esclava, su vida un completo martirio, su belleza víctima grosera de vuestros apetitos, y ni aun le es permitido gozar de las caricias de los pedazos de sus entrañas como si fuesen sus sentimientos de peor condicion que los de una fiera. El cristianismo asegura que tendrán fin nuestras desgracias y nos ofrece una gloria sin lamentos, sin dolores, sin término; una alegría, en fin, que bañará la cabeza de los bienaventurados, como bañan las aguas á un hombre sumergido en lo profundo del mar. Jerusalem bendita, iluminada por el sol divino, fuente de vida, mansion de perlas fabricada por la mano del

Todopoderoso para los justos y pecadores arrepentidos...

Un silencio sepulcral ha seguido á las últimas palabras de la casta virgen, cuya blonda cabellera, flotando á merced de la fresca y olorosa brisa, va con orgullo á acariciar la frente del enamorado capitán.

En medio de éxtasis tan delicioso han llegado á la *Fuente del Olvido*, se han repetido

crisiano de Tolosa (Aquitania), cuyas virtudes, conocimientos y fama habian encontrado en Pamplona como en otros muchos pueblos eco muy favorable.

Entre las personas notables que acuden movidos por la curiosidad, mas que por el fervor, se hallan los senadores Faustino, Fortunato y Firmo, la mujer de este último, noble matrona, y su valiente hijo el capitán Publio.

que brillantes nos pintan en sus rayos vida deleitosa y suave, sino las blandas de la palabra, y cuyos soldados, si fuerzas abrigan para la lucha, cantos tenían para elevar al Todopoderoso al calor de las hogueras que consumian sus carnes, que pulverizaban sus huesos, que ahogaban sus clamores; pero sobre cuyas pirámides de humo se elevaba riante la blanca imagen de sus almas con la palma del martirio,



**La plaza del Mentiron, en Vitoria.**

mil ternezas y han renovado sus juramentos de amor.

A la vuelta, Publio ha regalado á Eugenia, como prenda de fidelidad, una azucena del bosque.

Eugenia ha jurado en silencio ser feliz antes de que sus hojas se marchiten.

#### IV.

Es la hermosa mañana de un día claro de junio. Un inmenso concurso rodea las puertas del templo de Diana, cuya festividad celebra, ávido de escuchar por segunda vez las predicaciones de Saturnino, obispo

También se encuentra la hermosa y enamorada dama Eugenia, cuyo corazón presente dulces y consoladores momentos.

La celebridad del día, la sangre aun humeante de los sacrificios consumados, el grandioso espectáculo que presentaba el pueblo movido por un sentimiento común y universal; todo contribuía á que el alma del obispo, ardiendo en la pira santa de la fé, derramase á torrentes sobre la cabeza de aquellos ciegos á la luz de la verdad la redentora doctrina de Jesús, cuyas únicas armas para conquistar las naciones á su imperio eran, no las de hierro duro, ni las

en medio del celeste angelical concierto.

El pueblo quedó esclavo de la arrebatadora elocuencia del apóstol, y mas de una vez, dominado su corazón, maldijo su estado de ignorancia y entró en ansias de arrasar aquel templo que adoraba momentos antes y que sustentaba las estatuas de sus falsos dioses.

Al término de la peroración, Eugenia y Publio se dirigieron una mirada.

Solo en aquel momento se entendieron sus almas y apreciaron la inmensidad del amor que las consumía.

## V.

Es la noche del día que venimos ocupándonos. Eugenia y Publio conversan en el bosque de los cipreses cabe *la fuente del olvido*. La azucena que regaló él á ella la noche anterior, y que ostenta prendida de sus rizos, resplandece mas fresca y lozana que al desprenderse del tallo.

¡Y como no!... Era la imagen de sus amores que casi moribundos habian recibido un nuevo y misterioso germen de vida, nuevo y misterioso germen que recordaba no poco la mirada ardiente que se habian cambiado aquella misma mañana.

Su conversacion está llena de sentimiento.

—Si ser mi esposo quieres, dice Eugenia á Publio, si aspiras á ser dueño de mi corazón, necesario es que olvides tus falsas creencias y rindas adoración al Dios Omnipotente.

—Si, blanca virgen, soy cristiano desde que oí la voz del Dios uno por boca del profeta, y solamente él reina en mi alma. Mas ¿crees acaso que no le he rendido tributo de reconocimiento hasta hoy? ¡Oh, hermosa... mas que la felicidad soñada! lo he visto tantas veces... ¡tantas!... Lo he estrechado al estrecharte á ti, lo he visto á través de tus sonrisas, lo he sentido en cada una de las palpitations de tu corazón. Si dudas todavía de mis palabras, que el juramento de mi alma, nunca veleidosa, sea la mejor prenda que en prueba de fidelidad te deje.

—Si, amado mio, ven y entre las sombras de estas misteriosas soledades oírás el Señor nuestros votos y recibirá su buena Madre la Virgen las esperanzas de amor que á sus plantas pondremos como ofrenda y que coronará de seguro con un fin dichoso.

## VI.

Han jurado y se retiran en silencio para no turbar con sus palabras la nueva vida que ha derramado el cielo sobre sus cabezas.

Solo al despedirse han murmurado pocas, pero dulces frases.

En ellas han renovado el juramento de ser dichosos, aunque para ello tengan que luchar con las iras de sus padres.

Las ojas de la azucena se han estremecido al sonido de palabras tan llenas de valor.

## VII.

Han pasado tres dias y la ciudad de Pamplona se dispone á recibir en masa el agua del bautismo. A pesar de los esfuerzos de la sabiduría pagana, á pesar de la oposicion de los senadores, la verdad se ha sentido triunfante sobre las ruinas del error.

Publio y Eugenia son dichosos, porque sus familias son las primeras que se disponen á abjurar sus antiguas creencias, dando con tal medida impulso á la completa regeneracion de Vasconia, que al levantarse de nuevo contra los que sueñen dominarla, tendrá un nombre grande que invocar y una nueva vida que defender.

Saturnino, el hombre de fé pura é ines-

tinguible, es el que se prepara á derramar el agua santa sobre la cabeza de los primeros cristianos de Pamplona, que en número de treinta mil se reúnen alrededor del templo de Diana.

El día está hermoso; todo ríe, todo canta; la naturaleza se halla en completa armonía con los corazones de aquellas gentes.

Al terminarse la plática que el santo obispo les ha dirigido encomiándoles la grandeza del sacramento que van á recibir, todos se arrodillan para hacerse acreedores á sus bendiciones. ¡Espectáculo sublime y deslumbrador á cuyo recuerdo el alma se llena de indefinible dulzura!

Coronas de sagradas flores ciñen las cabezas de los amantes Publio y Eugenia, que van á desposarse dentro de las doctrinas católicas. La enamorada doncella está mas seductora que nunca, porque al resplandor que de su belleza material brota se une el de las gracias celestiales. Entre las flores que forman su diadema nupcial se encuentra una mas fresca y lozana que todas las demás.

Es la misteriosa azucena que su amante le habia regalado en el bosque de los cipreses.

El santo obispo, al dar cima á su inmortal empresa, ha unido la vida de aquellas dos almas enamoradas en el santo é indisoluble lazo del matrimonio. Un murmullo de aprobacion ha salido del seno de aquel inmenso gentío que los contempla y que se promete desde aquel momento ser fiel depositario de las verdades que recibe.

## VIII.

Muchos siglos hace que tuvo lugar lo que ciñéndome á la historia y á la tradicion he relatado.

Hoy, sobre las ruinas del templo de Diana, se eleva la grandiosa basilica de la Virgen del Camino. Mil veces he cantado sus glorias, inspirado en la grandiosidad de su amor, y otras tantas pienso dedicarla mis plegarias, porque tan sencilla ocupacion me consuela mucho y me hace soportar mis eternas soledades.

Cuando pienso en ella, doy al olvido por completo mis desgracias y no me veo solo y desamparado, porque mi fantasia me hace ver cerca de mí su consoladora imagen.

¡Y qué extraño es que yo me ocupe de su hermosura! Dios se ocupó de ella; Dios, que para su cabeza hizo las estrellas, para rodearla el sol, para su escabel la luna, para vestirla el firmamento; Dios, que se asomó á sus ojos y les dió su divinidad, entreabrió la grana y dibujó su linda boca, y como si esto no bastara hizo que la tierra reflejase su belleza, el cielo la diera su eterno sòlio, las aguas emblematisasen su pureza, la misericordia la diese todo su poder, el amor todas sus armonías, los ángeles todos sus cantares, que eternos se los deben por haber tenido la dicha de subirla en sus alas al cielo el día que durmió su sueño de amores; Dios, que poniendo á su disposicion el arca santa de sus gracias y los vengadores rayos de sus iras, hizo al género humano la merced mas grande que

apetecer pudiera, porque desde su trono altísimo solo sabe derramar pródiga y compasiva las primeras y detener con lágrimas y ruegos los segundos; trono de luz que veo enagenado cuando postrado de hinojos ante el altar de su capilla veo quebrarse la luz en los variados cristales de sus ventanas góticas, escucho el eco de los ruiseñores que pendientes de dorada prisión la entonan sus alabanzas, y caen sobre mí como benéfico rocío las vagas y dulces notas del órgano, con cuyas últimas vibraciones caigo dominado por una fuerza superior é irresistible diciendo: felices los que en tí confían, Madre del alma; yo te saludo, yo te adoro con toda la fuerza de mi joven corazón. Bien sé que mis trovas de amor son mezquinas para tí, porque mi lira se corona mas de una vez con flores de una sociedad corrompida y material; pero recíbelas, que son los tristes suspiros de mi destierro, que se dilata demasiado; recíbelas ¡oh Virgen! que son tuyas, porque yo no puedo dar canciones á un mundo que me brinda con un amor que no es el tuyo, que me ofrece la vida y el hombre como término de mis esperanzas, que me priva de lo que si no existiese bastaria á desesperarme, y cuyos sábios han hecho de la ciencia un negocio, de la virtud un crimen, y arrogantes pretenden escalar el cielo sin comprender que sus alas son las del ave herida de muerte, que se eleva en su agonía sobre el viento, para que su caída sea tanto mas terrible y vergonzosa cuanto mas alto y elevado haya sido su vuelo.

J. JOSÉ GARCÍA VELLOSO.

Pamplona 24 de mayo de 1870.

## LA PLAZA DEL MENTIRON.

EN VITORIA.

Llámase así la plaza de Vitoria, situada al extremo de la calle de San Antonio, y en la confluencia de otras varias calles de las mas concurridas. Sus aceras son anchas y hermosas; en el centro se levanta una fuente monumental, aunque de reducidas proporciones, y en la parte alta, pues el piso ofrece notable inclinacion, se ostenta el hermoso átrio de la iglesia de San Miguel, con su espaciosa escalinata y la imagen exterior de Nuestra Señora de la Blanca, tan predilecta de los vitorianos. La vista adjunta está tomada de fotografia, á las doce menos cuarto, como indica el reloj de la torre de la citada iglesia parroquial, y en día y hora en que la afluencia de gentes no era mucha. Pero hay dias en que apenas puede transitarse por ella, por establecerse periódicamente abundosos mercados de cereales y utensilios de todas clases.

Por las tardes sirve el *Mentiron* de paseo á gran número de personas que no quieren salir á las afueras ni concurrir al precioso paseo de la Florida, y allí se habla de comercio, y de industria, y de política, comentándose las noticias del país y las extranjeras, hablándose de las cosas de Madrid y de las forales de la provincia. La

cercanía de los casinos y cafés mejores de la capital alavesa convida también para que aquel sea el punto de reunión de los amigos, antes de entrar en ellos ó de retirarse á sus casas, y así es que se ven en agradable consorcio los paisanos y los militares, los canónigos de la catedral y los estudiantes del seminario. Entre tanto cruzan los carros, los caballos y los ómnibus del ferro-carril que entran y salen en busca de viajeros, vocean los vendedores sus géneros, llaman la atención de los jóvenes los interesantes tipos de las expresivas muchachas del pueblo, no sin que las más elegantes damas vitorianas dejen de pasar por el mismo Mentiron, atrayendo las miradas de los concurrentes. Por allá vienen retenes ó guardias de la guarnición, ó regresa de hacer ejercicio alguna sección de caballería ó artillería; por allí transitan los apuestos misioneros con su traje tan airoso como pintoresco. Todo es movimiento, todo distracción y atractivo: solo permanece inmóvil el grupo de alguaciles que suele colocarse en su puesto, en la esquina de la calle de San Antonio, llamando la atención del forastero por su sombrero negro apuntado, su casaca y su ligerísima varilla, así como los de San Sebastian llaman la atención por sus trajes á la antigua española, con capa corta y golilla, remedando la moda del tiempo de Quevedo. Pero no haya temor, no se turbará el orden. Los vitorianos forman uno de los pueblos más cultos de España, y en sus paseos, en sus reuniones, en sus fiestas públicas, la vigilancia de las autoridades es innecesaria, porque todos saben lo que mutuamente se deben los pueblos y las personas cultas.

## CERCANIAS DE VITORIA.

### ARMENTIA.

En uno de los números anteriores ha publicado EL PAÍS un dibujo que representa la puerta bizantina de la iglesia de San Andrés de Armentia, raro vestigio de la antigua iglesia matriz que fué sagrado templo de los obispos alaveses.

Y en el párrafo de la explicación me pedían los redactores algunos recuerdos de esta pobre aldea, verdadera ruina de la gran población que fué refugio de obispos, de reyes y guerreros en los primeros siglos de la reconquista.

Casualmente, cuando mis queridos amigos pensaban en ilustrar este semanario euskaro con ese dibujo en Madrid, otro estudioso literato, ya conocido de sus lectores, dedicaba á Armentia un *Recuerdo*, lleno de tierna poesía, de animadas descripciones, salpicado de episodios y escrito á todo correr de pluma, á consecuencia de una visita hecha á la aldea. Habíamos bajado una tarde al vallecito que forma Armentia Manteli y yo, con ánimo de revisar por centésima vez aquellos inolvidables parajes.

Mi amigo se detuvo en todas partes, re-

gistró hasta los menores detalles, tomó apuntes, se entusiasmó al querer descifrar el significado de los alegóricos grupos que forman los capiteles bizantinos de las columnitas del ábside, y contempló entristecido como yacen derrumbados por el suelo algunos restos preciosos de antiguas construcciones á las que el tiempo quita cada día un tanto de sus bellezas y de su valor.

El autor de la *Dama de Amboto* pidió á las piedras un recuerdo, un cántico tierno á aquella brisa que se mueve resbalando entre la verde y tupida yedra que cubre los muros; quiso hallar vida en las rancias esculturas medio borradas; interrogó al cielo, triste y nuboso, que coronaba el paisaje, y quiso oír en los ecos del monte cercano el estridente rumor de los caminantes que de todas partes acudían antiguamente á la populosa Armentia, á la pobre aldea hoy, apenas visitada sino por algunos soñadores.

Si, venir á estos pueblos es soñar; el que traiga la inteligencia pobre y el corazón inerte, nada ve en ellos; el que se ha familiarizado con la historia, y de los hechos de ayer y de las ruinas de hoy sabe deducir filosofía, todo lo ve animado, todo le habla, siente que las ruinas se restauran, que las estatuas se mueven y que el silencio de los claustros desiertos se puebla de armonías y de movimiento.

Manteli escribió su *Recuerdo* de Armentia.

Los lectores del *Irurac-bat* han podido ver cómo supo interpretar el literato alavés lo que las ruinas de Armentia le dijeron.

De su bello trabajo transcribiré luego algunos párrafos.

Los historiadores alaveses se han ocupado bastante de Armentia; Juan de Arcaya, Sarria, Ibañez, F. Juan de Vitoria, Landazuri, Prestamero, Manteli y Navarrete y Zárate han descrito en sus trabajos lo que queda del antiguo esplendor de aquel pueblo; estos trabajos, aunque no todos pueden verse, contienen curiosos detalles.

Para el viajero que, entusiasta de los recuerdos antiguos, se aproxima á Armentia, he aquí lo que se ofrece á su vista:

Supongámosle que se ha acercado al pueblo por el antiguo camino del Prado y del Mineral; á su derecha, entre media docena de casas de labradores, tiene el *palacio*, como decimos aquí; pequeña casa restaurada y cuya fachada decora un intercolumnio toscano que ostenta en su hueco sobre la puerta el busto de San Prudencio, y que tiene en el friso de su cornisamento una lápida que indica que en aquel lugar nació el santo obispo de Tarazona y que en su memoria erigió este recuerdo el obispo de Manila, Juan Diaz de Espada, cuyos descendientes habitan aun la casa.

A los pies del observador se extiende una pendiente suave llena de césped y sombreada por hermosos nogales y castaños; bájase por ella al camino de su iglesia, que se eleva en un pequeño repecho. Está eri-

gida desde los tiempos primitivos á que alcanza nuestra historia, en honor de San Andrés Apóstol, y tiene su fachada restaurada á trozos con los antiguos restos de la primera fundación. Dan ingreso á su pórtico cuatro arcos, y en él es donde se conservan los vestigios de más valía que Armentia tiene.

A la izquierda se vé la puerta bizantina, cuyo dibujo ha publicado EL PAÍS; enfrente el apostolado, de la misma época; á la derecha un curiosísimo sepulcro con estatua yacente, símbolos, esculturas é inscripciones, y por fin en el estrecho lienzo que forma el lado de la derecha del pórtico hay dos grupos de escultura de raro trabajo y significación cobijados por dos arcos bizantinos, á los que sostienen tres columnas del más raro, extraño y curioso gusto.

Cuando el arte del grabado y las publicaciones ilustradas alcancen en provincias el desarrollo y la facilidad de propagación que hoy no tienen, no ha de ser, por cierto, de poca importancia, ni dejará de excitar en alto grado la curiosidad, la contemplación de los dibujos que representen los vestigios y antigüedades que se conservan en esta iglesia.

También es digno de verse el ábside.

En medio de un huertecito solitario estiende su curva y muestra al curioso dos ó tres preciosas ventanas del gusto bizantino, cuyos capiteles, formados por alegóricos grupos, son dignos de estudio. La pared que da al Norte está toda cubierta de yedra.

El interior pertenece á tiempos más posteriores; está restaurado al gusto gótico y embadurnado de blanco y amarillo, según lo están casi la mayor parte de los templos del país.

A las primicias y atrevimientos del arte antiguo han sustituido las vulgaridades y rudezas de las épocas pobres en que vivimos. El oro se ha convertido en cobre. El alarife en peon de albañil.

Sin embargo, aun puede verse en el interior dos bonitos capiteles en que se apoya el arco del coro. Son dignos de figurar en un álbum arqueológico.

Cuando se instale el *Museo alavés* y se guarden en él los álbums artísticos de la provincia, que han de contener muchas láminas y mucha materia de estudio, no deben olvidarse los encargados de dirigirlo de los capiteles de San Andrés de Armentia.

El pueblo ha ido poco á poco en continua decadencia. Hace cien años aun tenía dos iglesias: una la actual, que es del barrio de Elejalde, y otra la de San Julian, que era del de Mendive.

Hoy esta última ha desaparecido por completo.

El caserío también ha ido á menos.

En uno de los huertos de las casas que hay cerca del palacio del santo debe haber una fuente medicinal, hace más de un siglo olvidada, y á la que antiguamente acudían numerosos enfermos.

Y para que hasta restos geológicos hubiera, á principios del siglo pasado existía

en la iglesia de San Andrés una monstruosa costilla (*del Elephians primigenius?*) de tal longitud, que el sacristan la usaba para colocar en semicírculo las trece velas de las tinieblas en Semana Santa. Con ella tenían también un homoplato descomunal.

Sepuleros vacíos, abiertos en piedra y tallados en una sola pieza, hay hoy tumbados en mitad de la campa para que sirvan de asiento, y si se procediera á verificar escavaciones en el estenso espacio que la población ocupó en sus buenos tiempos, es indudable que habían de encontrarse numerosísimos objetos capaces de ilustrar mucho la historia de los pasados siglos.

En Armentia nació á mediados del siglo VII su santo patrono, San Prudencio, obispo de Tarazona, en cuyo recuerdo el día 28 de abril se celebra anualmente una romería, antes concurridísima, hoy, en cambio, muy poco animada.

Desde muy pequeños nos ha chocado que en ese día no se haga estensiva la visita de las gentes á la casa en que el santo nació, y que los dueños no enseñen con la solemnidad que el objeto lo requiere la habitación en la cual vino al mundo el célebre y sábio prelado.

Por lo demás, Armentia despierta para el observador curiosos recuerdos. Hé aquí algunos interesantes párrafos de la leyenda del Sr. Manteli, titulada *Armentia*:

«Pero tales como son estos restos—se refiere á los de la iglesia,—todavía ofrecen un interés relativo para aquellos que se complacen en escudriñar la historia monumental cristiana. Todavía allí pueden conocerse sus pasos, y ver que dejaban de ser vacilantes y que empezaban ya con segura determinación; todavía allí se puede estudiar en sus molduras, y en las formas de las estatuas, y en los pliegues de sus mantos y de sus túnicas, y en las actitudes, y contemplar el rumbo que había tomado el arte y que debía conducirle el pináculo sobre todas las grandezas.

Estos miserables restos arquitectónicos y estatuarios y un primitivo sepulcro, profanado, abandonado en la pequeña pradera, es todo lo que conserva la antigua iglesia de Armentia de sus timbres preclaros. Buscar hoy en sus contornos mas de lo que la oscura tradición nos ha comunicado es fatigarse inútilmente; y si de vez en cuando aparece algún remoto vestigio, nada nos dice de sus pasadas grandezas, porque sus caracteres le remontan á épocas anteriores y de las que no tenemos noticias. . . . .

Su escueto caserío, su escueta pradera y su monte parece que el día de San Prudencio estrechan sus proporciones y límites con la multitud del pueblo que encierran. ¡Tal me los representaba yo en mi imaginación, y mucho mas afluentes de vida, aquellos parajes hacia nueve siglos!. . . . . Muchas veces, despues, he meditado en la soledad sobre aquellos recuerdos. Armentia solo tiene un día de vida en el año. El día de San Prudencio. Solo tiene este día de vida para el pueblo. Pero sus encantadores recuerdos tienen

deliciosas penumbras, sobre las cuales el alma contemplativa se dilata, penetrando al través de los tiempos sus misterios.

Muchas veces he meditado allí al caer la tarde, en aquel pobre pórtico, sumido en las tinieblas; y con la vida del corazón, me he puesto en contacto con aquellos pobres restos de las pasadas edades, y los he visto moverse, agitarse y bullir para arrojar sobre nuestra frente toda la indignación que merece el abandono con que miramos los trabajos por que pasaron para darnos la existencia.» . . . . .

Quince ó veinte familias de labradores son hoy los encargados de perpetuar, en ese rincón, las generaciones de los antiguos pobladores y de indicar al viajero que allí estuvo la villa populosa á la que Calahorra quitó su silla episcopal y Vitoria gran parte de su vecindario y toda su importancia. Cada época deja en el suelo sus restos mortuorios; el observador encuentra de cuando en cuando en su camino una especie de cadáver de las edades, que con sus despojos le indica el lugar y el tiempo de su esplendor.

San Bartolomé es el mortuorio ibero; en Eguilaz, en Capelamendi y en Ando están los despojos celtas; Iruña es la tumba romana; Armentia la ruina de la edad media.

RICARDO BECERRO.

Vitoria julio 1870.

## AL RIO AVENDAÑO.

ODA.

Imágen fiel de nuestra humana vida,  
arroyo cristalino,  
con existencia huida  
obligado resbalas el camino  
que conduce á la eterna despedida.

Tal el hombre se arrastra y se derrumba  
por un mar proceloso,  
y es fuerza que sucumba  
al mágico resorte misterioso  
que á caminar precisa hácia la tumba.

Al nacer, Avendaño, de una fuente,  
con púdico decoro  
juega el aura inocente  
con el terso cristal de tu corriente  
y clara alfombra de arenillas de oro.

Y así, cual te acaricia el aura pura  
con infantil cariño,  
siempre estará segura  
de hallar la sien del candoroso niño  
lábio sediento de pristina albura.

Espejo en que se miran las estrellas  
y las pintadas flores,  
al ensanchar tus huellas  
levantarás acaso en tus amores  
sentido canto que comprenden ellas.

El jóven corazón enardecido  
se crea así halagüeño  
un mundo fermentado,  
y al despertar de su lascivo sueño  
exhala, triste, funeral gemido.

En vano con tu lengua vocinglera,  
Avendaño, porfías  
por que dable te fuera  
detener en tu límpida carrera

el caudal pobre de tus aguas frías.

También el hombre se contempla ufano  
tras de niñez dichosa,  
y por el mundo vano  
cruza su ardiente juventud briosa,  
y luego débil se sorprende anciano.

En alas de los vientos voladores  
hasta los cielos subes  
en sutiles vapores,  
y el trasparente azul manchas de nubes  
que guardan los rocios bienhechores.

Cuando medita en Dios la criatura  
rompiendo el calabozo  
de la materia impura,  
conoce así que en místico alborozo  
se eleva el alma hasta su escelsa altura.

Imágen fiel de nuestra humana vida  
hallar en ti imagino,  
porque siempre de huida  
obligado resbalas el camino  
que conduce á la eterna despedida.

Si no es esa la causa por que airado  
levantas tu corriente;  
si, por fin, resignado  
continúas el curso indiferente  
que te conduce á tu sepulcro helado:

¿Nos dicen, Avendaño, los rumores  
que alzas en los peñascos,  
que en edades mejores  
invadieron del Tíber los pretores  
el pueblo altivo de los nobles vascos?

Ilusiones que Césares guerreros  
alimentaron vanas;  
de Anibal compañeros,  
¿tus hijos no se vieron los primeros  
al rojo sol de la sangrienta Canas?

¿Acaso, con patriótico arrebató  
y espíritu gigantes,  
no fueron el ornato  
y aumentaron el número triunfantes  
de la invencible hueste de Viriato?

¿Por ventura de Roma á los señores  
un día conocieron  
por sus dominadores,  
los que en lucha continua al fin salieron  
del indomable Sila vencedores?

Dime, Avendaño, di: ¿no fueron tales  
que con brazo robusto,  
quebrando tus cristales,  
de las soberbias águilas de Augusto  
detuvieron los vuelos imperiales?

¿Acaso el pecho turbulento agitas  
porque algún día triste  
en cristianas ermitas  
el monótono canto sorprendiste  
que entonan en las árabes mezquitas?

Si no es de ser vencido tu sonrojo  
por águilas romanas,  
¿dimanará tu enojo  
de ver en las comarcas mas cristianas  
la media luna del turbante rojo?

¿No partieron tus hijos, como el rayo,  
mensajero del trueno,  
sin tregua ni desmayo  
á unirse en Covadonga con Pelayo  
y allá en Tarifa con Alfonso onceno?

Disipa esa quimera alborotada  
si á perturbarte vino;  
tu creencia sagrada  
no la hollará el alfange damasquino,  
que pereció en Besaire y en Granada.

¿Temes la lucha bárbara, intestina,

que con traidora saña,  
con intencion dañina,  
viene á atizar en la conlada España  
ese gigante de nacion vecina?

Poco envidiables son esos laureles  
que les dará la historia,  
si sus páginas fieles  
recuerdan que sus vidas en Vitoria  
debieron al trotar de sus corceles.

Mas de la playa en la desierta arena,  
ídolo desterrado  
que arrastra su cadena,  
contempla á Napoleon abandonado  
en el rudo peñon de Santa Elena.

Continúa en tu marcha sosegada  
arroyo trasparente,  
que en la postrer jornada  
no negaria á un pueblo independiente  
tu lecho de cristal tumba sagrada.

No la pátria, el amor te brinda penas  
al ver en giros varios  
tus márgenes serenas,  
do columpian sus limpios incensarios  
olorosas y blancas azucenas.

Y es grato recorrer las que tú bañas  
soledades medrosas,  
y visiones estrañas  
forjarse con las ondas tumultuosas  
al doblar de los juncos y espadañas.

Mas de amores los dos cantando vamos  
con pueril ardimiento,  
y locos intentamos  
el mundo descubrir del sentimiento  
y de cálculo el mundo que habitamos.

Yo voy siguiendo la mundana via  
con indolente calma,  
y solo me extasia  
el ópio dulce que tranquila el alma  
por los espacios infinitos guia.

Mas yo sé que tambien es tu embeleso  
la plácida sonrisa  
y delicado beso  
que te regala fugitiva brisa  
que en red de cintas se juzgaba preso.

Y gozosas tus ondas murmurantes  
ven en tu seno frio  
los movibles cambiantes  
que en la templada noche del estío  
se dibujan los astros rutilantes.

Por eso con estériles quebrantos,  
cuando de mí te alejas,  
me lastiman tus llantos,  
convencido por fin de que tus quejas  
tan inútiles son como mis cantos.

OBDULIO PEREA.

#### ADVERTENCIA IMPORTANTE.

No podiamos presumir al anunciar  
en el anterior número las mejoras que  
nos proponiamos introducir en EL PAÍS  
VASCO-NAVARRO, que las circunstancias  
nos obligarian ocho dias despues á es-  
cribir estas líneas.

Para nadie es un secreto que los dis-  
tintos intereses políticos que agitan á  
la nacion han tomado una actitud que  
dista mucho de ser pacífica. No necesita-

mos, pues, reproducir el doloroso cua-  
dro que ven los que no quieren cerrar  
los ojos. La revolucion ha llegado á su  
período crítico. Mientras el pueblo  
soberano apalea y, en un acceso de lo-  
cura, mata á los que no piensan á su  
gusto, el gobierno sorprende á la na-  
cion, anunciándole que muy en breve  
va á convocar las Córtes para elegir á  
escape un rey que nos regala Alema-  
nia. ¡Quién sabe las peripecias del dra-  
ma á que empezamos á asistir! Todo  
hace creer que los partidos se lanzarán  
á la lucha, que la crisis será espantosa  
y el desenlace desconocido. Cuando la  
tempestad ruga, el canto del ruiseñor  
no se oye: ¿de qué nos sirve reproducir  
las bellísimas producciones literarias  
de nuestros queridos colaboradores?  
¿Quién escuchará los justos elogios que  
hacemos de las costumbres y las virtu-  
des de los vasco-navarros, al mismo  
tiempo que suena el ruido de las balas  
y el ¡ay! de los que sucumban en la  
lucha fratricida que celebrariamos no  
re realizase?

Nuestra mision de paz no tiene ra-  
zon de ser en los momentos que todos  
temen como próximos.

Hemos venido á la prensa sin otro  
objeto que recordar á España que en  
el país euskaro tiene un ejemplo que  
imitar; á los vasco-navarros que por  
nada del mundo deben renunciar á  
sus fueros; ¿qué podemos hacer en-  
caminado á este fin, mientras la crí-  
sis dure, mientras los intereses lu-  
chen, mientras las pasiones estén ex-  
acerbadas? No nos quedan mas que  
dos caminos: ó tomar parte en la lu-  
cha, contribuyendo á agitar las pasio-  
nes, ó permanecer silenciosos en pre-  
sencia de la contienda, hasta que por  
alguien se atente á los fueros del país  
vasco-navarro, ó hasta que brille de  
nuevo la paz.

Para ser consecuentes con nuestros  
principios, optamos por el segundo  
extremo, y decimos á nuestros suscri-  
tores: «Vamos á suspender nuestra  
publicacion durante tres meses. Este  
tiempo lo pasaremos en el país vasco-  
navarro asistiendo al desenlace del  
drama, pidiendo á Dios que se apiade  
de nuestra nacion, que inspire abne-  
gacion y patriotismo á sus hijos, y  
preparando, de acuerdo con nuestros  
distinguidos colaboradores, las mejo-  
ras que á la reaparicion del periódico  
nos servirán para demostrar á nuestros

suscriptores cuánto estimamos el favor  
que nos dispensan.»

Si las circunstancias hiciesen nece-  
saria la publicacion del periódico, no  
faltaremos á nuestro puesto. ¡Quie-  
ra Dios que al reanudar en octubre  
próximo nuestras relaciones podamos,  
cuando menos, abrigar la esperanza  
de que la paz y el orden llegarán á  
arraigarse en España! Confiamos en  
que para entonces no nos faltará el  
mismo aprecio que hasta ahora he-  
mos hallado en los constantes lectores  
de EL PAÍS VASCO-NAVARRO.

NOTA. A los señores suscriptores que  
han pagado el tercer trimestre se les  
abonará en cuenta para el cuarto, que  
comenzará en octubre. Los demás sus-  
criptores se servirán renovar su suscri-  
cion de 15 de setiembre al 1.º de octu-  
bre próximo. Los que no estén confor-  
mes con esta suspension, que la pru-  
dencia aconseja, y tengan abonada su  
suscripcion hasta 15 de octubre ó has-  
ta 15 de enero de 1871, podrán anun-  
ciarlo y se les devolverá sus créditos. Al  
reaparecer en octubre, inauguraremos  
la *Biblioteca* que, además del número,  
regalaremos á nuestros suscriptores, y  
con algunos dias de anticipacion, por  
medio de una circular, comunicaremos  
las mejoras que acordemos introducir  
en la publicacion.

Hasta octubre, pues; y quiera Dios  
que al volvernos á ver no haya luto  
en nuestra alma, ni lágrimas en nues-  
tros ojos.

¡Ante todo los fueros! Sin ellos, solo  
queda la desolacion y la ruina al país  
vasco-navarro.

LA REDACCION.

## EL PAIS VASCO-NAVARRO.

### Precios de suscripcion.

En España . . . . .	3 meses	12 reales.
En Cuba y Puerto- Rico . . . . .	6 meses	3 pesos.
América del Sur y Fi- lipinas . . . . .	6 meses	4 pesos.
Estranjero . . . . .	6 meses	10 franc.
Número suelto en Es- paña . . . . .		2 reales.

### PUNTOS DE SUSCRICION.

EN MADRID: Calle de Serrano, 14, tercero  
de la izquierda (barrio de Salamanca), ó en  
la librería de Eguio, Arrenal, núm. 14.  
—BILBAO: librería de D. Juan E. Delmas.  
—PAMPLONA: secretaría del Colegio de in-  
ternos.—VITORIA: admite las suscripciones  
D. Nicolás Becerro, en el establecimiento  
tipográfico de D. José Iturbe, calle de San  
Francisco, número. 23—SAN SEBASTIAN:  
librería de D. R. Baroja.

Imprenta á cargo de M. G. Hernandez.—San Miguel, 23.